

m fu 2351

#24354 DONACION
24354

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

18

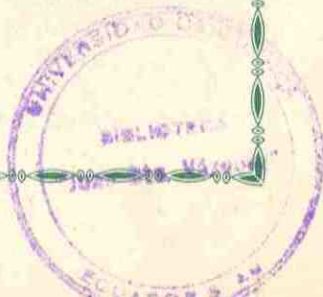
Agustín Cuesta Vintimilla

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:O:—

1958



anpu 2351 (ans)

AGUSTIN CUESTA VINTIMILLA

Lo recuerdo perfectamente, con un cordial y querido recuerdo... El era quien en los exámenes, con su sonrisa tan poética como su misma poesía, acariciaba con sus manos buenas las cabezas de rizados de oro o de rizados oscuros, las claras u oscuras melenas, premiando de esta manera el lucimiento de los chiquillos, de aquellos sonreídos niños que trataban de penetrar con asombradas pupilas los primeros misterios de las elementales ciencias... Alguna vez fue también sobre mi cabeza soñadora esta caricia delicada y pura, exquisita y perfecta, alguna vez también, luego del poema confiado a la memoria de colegio, el Poeta de las dulces pupilas tuvo una sonrisa comprensiva, acaso presentidora de lo que ya andaba musicalizando en el alma pequeña...

Agustín Cuesta Vintimilla tuvo la eminente, la fragante, la exquisita virtud de la bondad: Poeta de su vida y Poeta de sus poemas, nunca lo desapacible o violento visitó sus pensativos días alegres del sol de la tierra o tristes de la tristeza de la tierra...

Amó de amor profundo a su Cuenca, la encontró

en sus mejores florecimientos y en sus hondas nostalgias... Cuando la luz jugaba en el río esos juegos deliciosos que detienen el vuelo de las golondrinas y los jilgueros, él fue historiador del emocionado instante en poética de menta y hierbabuena, de ala reflejada en el agua, de soplo de brisa sobre los pétalos... Cuando la noche encendía sus distantes estrellas y en el aire temblaba el fino paso de fantasmas que dolían heridas bellamente incurables, fue él quien recogió la tristeza de la noche y hermanándola con su propia tristeza la dijo en el más sentido poema...

En la Poesía de Agustín Cuesta Vintimilla palpita siempre puro amor de la tierra, claridad de agua de los ríos de la tierra, tristeza de noche pura, de sombra temblante de estrellas de la tierra nuestra...

Cantó sus tristezas, en dulce tono menor... Desde el alma le nació naturalmente el verso y fue, por ello, mensaje para todas las almas sufridas y buenas... Su poesía intimista sabe el sencillo milagro de perfumar toda vecindad o comunión de alma...

Amó de amor cordial a los seres pequeños, a los dulces hermanos menores del hombre que con él comparten alegrías y penas... En forma bella y sencillamente conmovida cantó al gorrión, el franciscano de los aleros que busca en las casas familiares migajas de pan y cariño; al perro guardián que se desvela en las alturas o siente, en el huerto hogareño, pasar el sutil fantasma del ama que se fuera para siempre; a las ranas que pretenden entrar en la vivienda del poeta para curar de algún modo sus penas o siquiera acompañarle en ellas... Todo lo humano le estuvo cerca, todo lo bello y cordial le fue propio, todo lo san-

tamente alegre o santamente triste de la naturaleza le perteneció por derecho eminente de Poeta...

Los queridos papeles del Poeta han sido palpitación cercana e íntima en mis noches de ahora... Y he sentido otra vez, con una actualidad perfecta y con bella presencia, la sonrisa cordial de quien se fuera ya por su camino de estrellas, he sentido esa misma caricia sobre la frente pensativa que en la niñez era premio, juguete ideal, poema incomparable... He vuelto a vivir en mis noches cuencanas en amistad con Agustín Cuesta Vintimilla y por eso os lo entrego en toda su dimensión de bondad incomparable, en toda su ternura infinita, en su diafanidad de alma, en su cordialidad íntima, en el poema de su vida, bello y triste poema hermano de sus poemas...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

TIERRA MIA

Cuna de mis padres,
mi Cuenca adorada,
hogar de la lira,
soberana de lauros y palmas,
cómo no cantarte
¡oh!, ¡mi tierra santa!,
si nací de tu vientre fecundo
que es nido y es ánfora
de dulces canciones
de fe y esperanza.

.....

Cómo no cantarte
si la voz de tus dulces canciones,
si tus sauces de copas frondosas,
si tus ríos de linfas perladas,
si tus huertos de lirios y nardos,
si tus noches tranquilas de plata,
si tus cielos tan hondos y puros,
si el rumor de tus tristes guitarras,
si la madre que el cielo me diera,
si la fe que palpita en el alma,
si los ojos cerrados por siempre
de la esposa santa,

me hicieron poeta,
Tierra mía, mi Cuenca adorada.

.....

Cómo no he de amarte,
madre soberana,
si la sangre que es ritmo en mis venas
es tu misma savia,
la que dora las mieses del campo,
la que enflora en mi huerto las ramas,
la que es miel y perfume en mis flores
y amor en mi entraña.
Cómo no he de darte
las joyas de mi alma,
si me das de tus campos floridos
aire henchido de dulces fragancias,
los frutos sabrosos,
las mieses doradas,
que son rosa en las frescas mejillas
de los niños que alegran mi casa.
Si la vida que bulle en tu seno,
por los dedos de Dios transformada,
es el oro que luce en las frentes
que yo beso en mis noches calladas...

.....

Cómo he de olvidarte,
Cuenca mía, mi tierra adorada,
si en tu seno escondes,
bajo un manto florido de grama,
las frías cenizas
de los seres que amé con el alma,
de los seres que fueron mi mundo,
mi lira y mi entraña.
Desde aquí, con el alma te beso
y te empapo con lluvia de lágrimas...
y te pido que sea tu tierra
mi eterna mortaja...

MARIELENA

AL ARTISTA CESAR VILLACRECES.

Al recibir el óleo de mi esposa,
María Elena Ordóñez González.

GLORIA al artista que con diestra mano,
al mezclar con la sombra los colores,
de la noche infinita del Arcano
me devuelve al amor de mis amores...

¡Qué más pudiste hacer, Artista hermano,
que volver a sus ojos los fulgores
que alumbraron mi senda... y que hoy, en vano
pido a la tumba que cubrí de flores!...

LAUROS por la piedad que tú me has hecho,
así vive en el fondo de mi pecho
del recuerdo en el lienzo dolorido.

¡Elena, muerto amor, no he de perderte:
si el pincel te ha salvado de la muerte,
que mi lira te salve del olvido!...

Todo es vanidad de vanidades.

¡Amor!...

Mi poema es sangriento y dolorido,
como el sol moribundo del paisaje
de un crepúsculo andino...

¡Amor!... amor lejano...

mis versos son de adiós, el alarido
que la infinita soledad compendia
de nuestros pobres hijos...

¡Amor!... Perdido amor, este poema

es tuyo, de tus huérfanos y mío;
y no lo lea quien no sienta adentro
las tempestades de un deshecho nido!

No lo vean los ojos que no saben
lo que es llorar sobre despojos fríos,
que en una caja negra se sepultan
al decir: ¡Amor mío!...

No lo vean los seres que no saben
de los besos truncados... del vacío
de los brazos abiertos en espera
de que retorne hacia ellos un cariño!...

Léanlo en cambio los marchitos ojos
de los huérfanos niños,
que sobre el marco de sus frentes pálidas
llorando llevan un crespón prendido...

Las almas destrozadas
que clavan su mirada al infinito,
persiguiendo una sombra que se aleja,
que se aleja... y se pierde en el vacío...!

Este poema es mío...

este poema de dolor es de Ella...

tiene un nombre inmortal para mí vida:

¡Marielena!

Morir... dormir... —¿dormir?

¡Soñar acaso!

SHAKESPEARE.

Le has devuelto a la tierra, Marielena,
ese barro moreno, pero blanco,
que, avara, te prestara
para tan pocos años...

Barro que al reventar
su última espiga rubia,
el rayo de las cumbres infinitas
pulverizó en la tumba!...

¡Oh Tierra! que en la vida
fuiste vaso de flores delicadas,
desde la tumba sigue
cuajando rosas blancas.

Que susurre en tus labios
un enjambre de abejas;
no se pierdan, bien mío, aquellas mieles
¡con que endulzaste mis amargas penas!

Que mañana en las cuencas
donde hoy duermen tus ojos
riegue la luna su apacible lumbré
a que nos mires ¡cómo estamos solos!...

Toda paloma herida,
amor, vaya en tu busca
a que le des tu corazón y encuentre
bondad, nido, ternuras...

Que en tus manos, que tanto trabajaron,
la diminuta araña teja y teja
el sudario, que pido a tu cariño,
a que pronto me envuelva...

Y en tus brazos, no atados sobre el pecho,
que están abiertos en espera mía,
no recibas a nadie, Marielena:
¡sólo a tus hijos... y a mi muerta vida!...

Corazón, ¿qué perdiste?

—Lo que más dulce en la pasión existe,

Señor, lo más querido para el hombre,

¡Un alma esa alma tuya que me diste.

MIGUEL MORENO.

Para hacer tu retrato
fuera preciso que copiara un ángel,
con alas de paloma
y corazón de madre...

Quien te miró una vez
jamás podrá con otra confundirte:
ya que la muerte me robó tu encanto,
escucha lo que fuiste:

Tu alma, rayo de luna
eternamente blanco,
alumbrador de todas las negruras
donde pude sangrarme a cada paso...

Tu corazón, más dulce
que el dulce corazón de la paloma;
blanco como los lirios
donde cuaja sus lágrimas la aurora.

Tus ojos apacibles
no fueron dos luceros,
mas si dos ojos de agua
para el dolor ajeno siempre abiertos.

Tus manos,
santas, porque pusieron en las mias
las vendas de ternura que, a tu nombre,
llevé a tantas heridas!

Tus pies, benditas alas que me abrieron
la senda del dolor por donde anduve
en pos de hogares tristes
donde no había lumbre...

Tus labios, labios puros
que en la vida tan sólo se entreabrieron
para Dios, para mí, para tus hijos,
en oración y besos.

Silencio, corazón... no digas nada
del nido de sus brazos...
¡Ay! que lo digan los polluelos fríos
que ante el nido deshecho están temblando!...

Marielena, diré lo que tú fuiste,
dentro del nido que rompió la muerte:
hormiga, por humilde y previsor,
abeja, por constante y diligente.

Rincón de cielo azul para tus hijos,
para los tuyos, cariñosa hermana;
para todos, un vaso de dulzura,
y para el mundo y para mí ¡una santa!

La eterna "Musa Nueva"
de mis ingenuos cantos,
la que sembró mi nido de gorjeos
y fue la única flor entre mis cardos...

Amante jardinera
de mis flores sin arte,
que por ser tuyas yo jamás cambiara
con las flores de nadie.

Con ellas coroné tu nivea frente,
como al Cielo, la noche, con luceros;
y las Cunas Vacías de esos hijos
que adelantaron tu viaje al Cielo...

Hormiga,
Abeja,
Amiga, Hermana,
Esposa,
Compañera.

¡Ayl de los cantos de este nido roto,
"Musa Nueva"...
¡Todo esto fuiste para mí en la vida,
Marielena!...

Yo siempre enamorado,
Tú siempre satisfecha...

MANUEL ACURÁ.

A la cuna, el ensueño
iba a dar otra flor,
esa vida que estaba floreciendo
y que de tanto florecer murió!...

Ella feliz, dichosa,
yo a su lado pulsando mi laúd;
las tibias cunas como blancos nidos,
encima de esos nidos, todo azul.

De repente... la furia de un relámpago
de cárdeno fulgor
que me envuelve, deshecho en llamaradas,
y me rompe, furioso, el corazón...

Después... el miedo, el frío, las tinieblas,
la cruel desolación...
y en los escombros de mi nido roto
mis polluelos... y Dios!

Y yo en la orilla, loco, anonadado,
con los brazos en cruz,
queriendo detener la barca negra
que lleva tu ataúd...

Y cuando le pregunto al mar bravío,
—¡por Dios, cuándo la barca volverá!...
¡Ay!, me contestan las lejanas olas
¡Nunca más!... ¡Nunca más!...

Si por dicha de ella y mía
nos viéramos de improviso,
al punto yo le diría:
—¿Cómo es el cielo, bien mío?
Y ella me contestaría:
—Dime, ¿cómo están mis hijos?...

MIGUEL MORENO.

¡A qué contarte cómo están tus hijos!
Si sé que, desde arriba,
con ojos cariñosos
en todas partes del hogar los miras.

Que estás junto a sus cunas,
que con inmensa compasión los besas,
cuando en las noches tristes
llamándote... ¡despiertan!...

Tus últimos polluelos,
que en dónde estás, llorando, me preguntan:
se calla el corazón, pero en mis ojos
brotó al instante la respuesta muda.

Pero ¡ay!, ellos insisten,
y vuelven otra vez a interrogarme,
y bebiendo las lágrimas, les digo:
¡se fue... vendrá... mañana... a despertaros!...

Ya dime, Marielena,
¿hasta cuándo, hasta cuándo
he de seguir mintiendo a tus polluelos
que vendrás a sus brazos?...

Trozos de lampo azul
enlutados de sombra,
están los pobres niños
con la tiniebla que tu cruz prolonga...

En mi lecho vacío, a los pequeños
queriendo entretenerlos les agrupo,
así como tú hacías, mas no logro
¡lo que con ellos tu ternura pudo!

Y a contemplar se ponen tu retrato
que junto al cuadro de la Virgen tengo,
a Ella le atisban con inquietos ojos
y a ti te cubren de mojados besos...

Y cuando ellos se juntan a tus flores
que en el altar quedaron deshojadas,
¡más muertos que las rosas me parecen
los capullos de tu alma!...

Riendo como loco,
acaricio sus frentes,
alzo sus manecitas hacia el Cielo,
¡ay para ver si a sus reclamos vuelves!...

Cansados de buscarte,
entre mis brazos, adormidos quedan...
los recuesto en sus lechos, y ¡ay!, entonces
¡siento el horror de tu vacío, Elena!...

Cuando del nido arrancas a las madres,
por qué, ¡oh Dios!, no te acuerdas de la tuya,
que cuando a Egipto huyó se fue contigo;
¡ay, de otras madres el cariño truncas!...

Tuve la luz del sol dentro del cráneo
cuando fuiste conmigo por la senda:
¡qué triste es el perderse en los caminos
y andar golpeando sin piedad las puertas!

¿Recuerdas de la bruma que la noche
tendía en el cristal de tu ventana,
y que luego, rodaba temblorosa
como lágrima, al sol de la alborada?

¡Así tu bruma —tu dolor, bien mío—
anubla mis pupilas,
y al sol de tus recuerdos se deshace
como roto collar de perlas frías!...

Compadéceme, Elena;
en la ruta me empujan como a ciego,
¡pero alumbra mi senda temblorosa
tu luz que va en las lágrimas que vierto!...

Quiero errado vivir, pero creyendo

AMADO NERVO.

Como visión dantesca,
por mi cerebro triturado pasa
la escena de martirio
que sin cesar se reproduce en mi alma...

¡No sé cómo he podido
seguir viviendo cuando tú te fuiste!...
Liana que en mis brazos florecías,
¡cómo te mató el rayo sin herirme!...

¡Señor, a ratos, me imagino un sueño,
la súbita tragedia que en el nido,
al fulgor de relámpago siniestro
desarrollarse he visto!...

Mas ni engañarme puedo...
que la muerte, en locura de victoria,
sobre las ruinas de mi dicha danza
y, fibra a fibra, el corazón destroza...

Vive en mi boca que besó temblando
la suya, ánfora rota de cariño,
donde loco sorbí el último aliento
al hundirme, sin ella, en el olvido...

Danza en las almas de sus pobres hijos,
que al desplomarse su robusto tronco,
pajarillos implumes, asustados,
se congregaron de su madre en torno...

En las flores del huerto,
que se van marchitando,
y en la jaula de cañas, que vacía
va quedando de pájaros...

Como loca bacante,
danza en las ruinas de mi fe bendita,
tendiéndome la mano
para que huya con ella de la vida...

¡Hasta cuándo vendrás a que me cuentes
de esas tierras floridas, luminosas,
a donde ayer te fuiste
sin piedad de los tuyos que te lloran!...

Ven, Marielena, ansío que me digas
qué hay detrás de la tumba,
para poder decirte: —¡Hasta mañana!...
o como el cuervo: ¡nunca!...

¡Amor mío, el cerebro se me ofusca,
el corazón estalla,
y no sé lo que haría
si un rayo de tu fe no me quedara!...

En estas horas de tremendas luchas,
de soledad y hastio;
hago lo que tú hacías, abrazarme
como una mustia yedra al Crucifijo...

Y por ti, por mis hijos, por mi madre,
grito en las ruinas del nidal deshecho:
¡porque fuiste una santa,
"quiero errado vivir, pero creyendo"...!

Pobre el viajero que a llevarte vino,
ni un solo instante se meció en tus brazos,
pero, en cambio, feliz —¡ay si yo fuera!—
se durmió para siempre en tu regazo.

Yo apenas sólo pude
besar su frente, cual si fuera el cielo,
y decirle llorando: ¿a qué viniste
si han de morir el árbol y el renuevo?

Blanca, en el fondo de mi alcoba fría,
miro su cuna, Elena, tu calvario,
y en el vacío cruel de mi abandono
por ti, por ella me deshago en llanto...

Y pasa por mi vida
un nido enjambre de alas que dibuja
una cruz en la senda que mis ojos
la huella tuya y de mis hijos busca...

Son tus aves viajeras, ¡Amor mío!,
las que supieron remontar el vuelo,
¡ay! ¡antes que de nieve lo vistiera
a tu nido el invierno!...

[De profundis clamavit]

Salmo.

Señor, calla mi lengua, pero escucha
este grito supremo de mi vida:
¡No me venza la duda en esta lucha!
¡que no me aleje de su cruz querida!

Perdona mis espinas, mis miserías...
vuelve tus ojos a mi hogar vacío:
"Ponme sangre de madre en las arterias,
tengo que amar por dos": ¡por dos, Dios mío!...

¡Para ellos tu piedad y tus mercedes!...
¿Qué va a ser de mi nido destrozado?
¡son tan pequeños que esconderles puedes
en el rojo clavel de tu costado!

¡Que tu madre, la Reina de Dolores,
se arranque los puñales de su pecho
y cubra esas heridas con las flores
— que me han quedado en el hogar deshecho!...

¡Cuántas veces, con ella te he pedido,
una tarde de tintes dulces, suaves,
que no se vaya del dichoso nido
mientras no sepan revolar mis aves!...

¡Mas no me has escuchado... al medio día
florecieron adelfos mis anhelos,
y en los brazos que ayer ella dormía
hoy se aduermen temblando mis polluelos!...

Me la quitas, Señor, ¡ay!, cuando apenas
en el huerto de todos mis delirios
estaban en botón mis azucenas
y comenzando a reventar mis lirios...

¡Ellos sin madre, y el camino largo!...
¡Sin ella, y el sendero solo y triste!...
¡Acuérdate del cáliz tan amargo
que sin Ella, esa noche lo bebiste!...

Amor de madre, ¿qué otro amor te iguala?
¡Eres ternura, sacrificio, olvido!...
¡Ay, donde falta de la madre el ala
puede haber todo, pero nunca nido!...

¡Me la quitas, Señor, cuando brumosa
la tarde ya descende en la alma mía;
cuando hace falta el ala cariñosa
contra los hielos de la noche fría!...

¡Marielena, son tantas ya las cruces
que me atan al dolor con fuertes lazos,
mas en la tuya cáigome de bruces
y la amo tanto, porque son tus brazos!

Elena, cuando el sol temblando expira,
busca mi alma tu amor, ¡amor perdido!,
y abrazada a tu cruz y de la lira
¡es la elegía de tu roto nido!...

.....
Dios lo ha querido así... Adiós, Elena.
Dios lo ha mandado así... ¡no me rebelo!
¡Y sufra yo el infierno de la pena,
porque ella goce del azul del cielo!

LOS PERROS

A vosotros, los parias,
los gitanos de todos los caminos,
pobladores de todos los países
y siempre, en donde quiera, los mendigos;

A vosotros, proscritos de Sinópolis,
los que altares tuvisteis en Egipto,
cuando el Buey Apis, con Anubis eran
los magnos Dioses que arrullaba el Nilo.

A vosotros, los perros,
que en el valle, en la aldea y el bohío,
compartís con el hombre
la sed y soledad de los caminos;

A vosotros, mi lira
os consagra estos versos emotivos,
ramillete de flores sin perfume
brotados al dolor de vuestro olvido,
sobre la tierra que abonó la carne
que supo del dolor y del martirio.

*
* *

Sin el perro, el hogar no tiene encantos.
¿Quién, sino él, como bravo centinela,
ya de día, o de noche, recostado
en actitud severa,
vigila porque nadie que no es suyo
del umbral del hogar pase la puerta?
¿Y quién, sino él, en medio de la sombra
de las noches siniestras,
cuando pasan graznando las lechuzas
y dan gritos los sapos en las cercas,
mientras el amo duerme,
la paz de la heredad, ladrando vela?

Compañero del niño
en esos juegos de la edad primera,
con él da saltos, corre,
con él, sobre las hierbas se revuelca,
con los sañudos dientes siempre listos
para salir por su amo a la defensa.
Con él, en los rastrojos
persigue a las perdices cenicientas,
levanta en el corral a las gallinas
y se hunde en el remanso de aguas frescas.
Y si el niño se hiere,
el perro con su lengua,
rubi caliente y blando
escondido en estuche de albas perlas,
lame las gotas del licor sangriento,
le mira con tristeza,
y haciendo suyo ese dolor ajeno,
junto a su amigo cabizbajo queda.
Y al fin, cuando la muerte
en su fría vejez los ojos cierra,
en la heredad del amo,
al pie del árbol más querido queda
para tornarse en flor y luego en fruto
de muchas primaveras!...

*
* *

Es noble y es magnánimo,
caritativo y bueno,
cuando se va por los caminos largos
siendo el alma del ciego...
De amarga esclavitud cadena dura
no le hace prisionero;
leve cordel, como un collar de lágrimas
le oprime suave el alargado cuello,
do asida va la mano temblorosa
que siente ese fluido, que del pecho
él le trasmite como una onda eléctrica
que es luz adentro de los ojos muertos...

Cuando cansado en el camino cae
y le visita compasivo el sueño,
de él no se aleja, y con amor vigila
la doble noche de esos ojos ciegos.
Y al fin, cuando la muerte
prende en sus ojos el fulgor eterno,
del camposanto en la mansión sombría
no tiene más amigo que su perro,
que, en tanto raspa la movida tierra,
siembra en los aires funeral lamento...
Y vive con su dueño, solitario,
hasta el día en que el cruel sepulturero,
arrastrado le arroja en la llanura
a que le coman los hambrientos cuervos...

*
* *

¡Oh perro!, centinela del rebaño,
eres grande y heroico hasta la muerte,
cuando solo en la tétrica hondonada
o sobre el haz de la llanura verde,

al amado tesoro blanquecino
de la crueldad del lobo le defiendes...
Qué inútiles tus garras acerinas,
qué vanos los puñales de tus dientes
y los roncós ladridos con que al Cielo
le demandas piedad!... pero no cedes
y luchas valeroso, hasta que ruedan
tus vísceras sangrientas sobre el césped...
Pero mueres feliz porque contemplas
cómo se esfuma en la llanura verde,
cual un copo de nieve que volara,
jaquel tesoro que salvó tu muerte!...

* * *

Qué astuto es en el bosque,
en la loca emoción que da la caza:
sus ojos son dos flechas luminosas
que a la copa del árbol se disparan
en pos del ave, que el cañón certero
del cazador apunta. Le urge el ansia
de saltar sobre el cuerpo destrozado
que desde el árbol bamboleando baja,
envuelto en lluvia de sangrientas gotas
como un biplano de encendidas alas.
Con sabio instinto husmea,
del intrincado fondo en la maraña,
buscando cruel a la inocente presa
donde hincar quiere las tremendas garras.
Qué hermoso, qué altanero,
cuando veloz se lanza
detrás del raudo proyectil sonoro
que de la presa el corazón desgarrar,
y, cual si fuera el triunfador, alegre
retorna donde el amo que le aguarda,
mostrando airoso en la sangrienta boca
jun blanco conejillo sin entrañas!

* * *
¿Quién, sino tú, levantas de su cueva
al rey sombrío del adusto páramo?
Incansable guerrero, en esas horas
sigues las huellas de su alado casco,
que en su veloz carrera apenas toca
la grama florecida de los campos.
Jadeante, sudoroso,
los hijares sangrando,
al rey persigues: desigual combate
en el risco, en el valle y en el llano.
El plomo silbador turba la calma
de los montes tranquilos y lejanos;
"y el rey de la enramada cornamenta"
se tiende en la carrera, dando un salto...
se empurpura la hierba florecida,
y en los ojos vívaces del venado
se esfuma la campiña
y el verdor infinito de su páramo...
En tanto, alegre el cazador sonríe,
tú lanzas un gemido, ronco, largo,
y escondiendo la cola en los hijares,
del amo cruel, te alejas cabizbajo:
¡injusto, te ha robado los laureles
de ser el vencedor del rey del páramo!...

* * *
Perro sin dueño, qué dolor el mío,
cuando en la senda caminar te veo,
chupados los hijares,
la lengua afuera, cual clavel sangriento,
empolvada la piel, los ojos tristes
clavados en el suelo...
¡pobres ojos que llevan
la indiferencia, el tedio,

la tristeza de todos los paisajes
y la aridez de todos los senderos!...
Ojos tristes, acuosos,
que van buscando inquietos
en dónde descansar de las fatigas,
de las noches sin sueño,
de los largos caminos,
de los frios glaciales... ¡pobres perros
que al fin halláis la muerte
en el recodo de cualquier sendero,
mostrando al sol en trágica sonrisa,
de la boca en el frío joyelero,
las blancas perlas que en su errante vida
para matar sus hambres no sirvieron!...

Perro sin dueño, acongojado paria,
¿a qué dejaste los caminos negros
y los senderos tristes
donde, aunque pobre, no sentiste miedo?...
¿Por qué dejaste el valle florecido,
las agrias lomas del nativo suelo,
el blanco aprisco que cuidaste un día,
o al indio del cual eras compañero?...
¿Por qué dejaste la rural campiña
donde el hombre es más bueno,
y a la urbana vorágine viniste
inofensivo, lento,
olfateando tal vez una carroña
que mate el hambre de tus sueños negros?...
¡Sin comprender que la ciudad es mala,
te vas ciudad adentro!...

Pasa un auto lamiéndole la cola,
se asusta el pobre perro,
nunca supo que había aquellos monstruos
más bravos y ligeros
que el raposo, a quien siempre derrotaba
en la paz de los cerros.
Gruñendo va a arrimarse

a una vieja pared: transeúnte fiero
un puntapié le asesta en el costado;
de nuevo el pobre perro,
dando un grito y un salto, en media calle
se estrella como un ebrio...
Temblando se levanta,
en sus pupilas se dibuja el miedo,
y corre al ver que se le acerca un grupo
de niños, cual bandada de jilgueros,
atajándole el paso, mientras lueven
las piedras en su cuerpo...
Aterrado se esfuma y corre y corre...
Al venado también cansó en los cerros;
y va añorando triste haber dejado
las agrias lomas del nativo suelo,
y piensa retornar, así, jadeante,
al amor de sus dueños,
a la paz de sus campos,
en la aventura de la huida, sin aliento...
Las campanas del sábado de gloria
estremecen el aire con sus ecos;
cual campanas, también los corazones
se agitan en los pechos;
todo es luz y alegría,
resucita de nuevo
la esperanza en el alma de los hombres,
¡y de azul otra vez se viste el cielo!
Y sólo el perro, cual petardo vivo,
se lanza a la carrera... y parte enfermo
de maldad, de añoranzas y tristeza...
¡Y parte para siempre el pobre perro
como un paria vencido,
a donde nadie ha de saber que ha muerto!...

*
* *

El bardo que te canta,
¡oh desvalido perro,

como el Pobre de Asís, te llama hermano!...
 ¡Yo también voy cruzando mi sendero
 y sin saber en dónde
 ha de empezar el sueño,
 para al fin descansar de las fatigas,
 de mis noches de tedio,
 de los largos caminos
 donde han quedado mis amores muertos!...
 Cerrar quiero los ojos
 sin el rumor de un beso,
 con los frios glaciales
 que tú sentiste en todos los senderos,
 legando al mundo que tan cruel ha sido,
 como un collar deshecho,
 mis pobres versos... ¡perlas cenicientas
 que de nada en la vida me sirvieron!...

*
* *

Y tú, ¡oh perro mío!,
 de mi heredad el guarda,
 fiel compañero de esas noches frías,
 largas, largas,
 huérfanas de rumores y luceros
 como mi alma...
 dime: ¿qué miras en las noches negras
 en medio de la pampa,
 cuando croan las ranas en las cercas,
 y por el mar del infinito pasa
 el murciélago fúnebre
 sacudiendo los remos de sus alas?...

Entreabro la vidriera
 para ver lo que pasa...
 ¿Tal vez un trasnochado
 cruzando está la pampa?...
 ¡La soledad, la sombra,
 nada!... nada...

Más tú, ¡oh perro mío!,
 así cual si danzaras,
 en medio de las sombras
 las dos manos levantas,
 cual si hincaras en alguien
 las marfilinas garras...
 Y sigo contemplando
 para ver lo que pasa:
 ¡la soledad... la sombra...
 nada!...

Mas siento que en el pecho
 el corazón me salta,
 ¿quién será el viajero
 que, en las noches heladas,
 cruza siempre mi huerto
 sin llamar a la estancia?...
 Con miedo de la sombra
 entorno la ventana,
 y sigo meditando
 en la infinita soledad de mi alma...

¡Ay!, en los viajeros
 que, uno a uno, se fueron de mi casa!...
 en tanto que mi perro
 cruza el jardín, la pampa,
 ¡sigue... muerde,
 ladra y aulla!...
 Dime, ¿qué miras, perro,
 en esas noches frías, desoladas,
 cuando en tropel me asaltan los recuerdos
 de todos los viajeros de mi casa?...

.....
 Son ellos, ¡ay!, ¡mis muertos!... sombras finas,
 largas,
 ¡lentamente penetran en mi alcoba
 por el roto cristal de mi ventana!

ASI FUE EL...

Para los niños de las Escuelas del Azuay.

Envuelto en la capa de gracia española,
Vetusto el sombrero, con la ala caída,
Su dulce figura pasó siempre sola,
Por las calles largas de su urbe querida.

Sus ojos grisáceos miraban tan hondo
Que al verle, al instante por él se sentía,
Adentro del alma, del pecho en el fondo,
Ese dulce efluvio de gran simpatía.

Pasó, como pasa rayando el vacío,
La cauda brillante de extraño cometa;
Mas él nunca supo que fue el señorío,
De sabio y patriota, de artista y poeta.

Amaba a los niños que exhalan a rosas,
Su lira fue nido de dulces canciones;
Como el Poverello, dijo bellas cosas
A las feas ranas, como a los gorriones.

Honró a la Madona de la faz Morena,
Con él, con el otro, su hermano de canto...
Y en la tarde oscura de la larga pena,
Solitario ante Ella fue plegaria y llanto...

Hizo de la Patria su culto sincero,
Con él hoy se pierde la mejor bandera;
Si un día retamos al vecino artero,
Su nombre será himno de toda trinchera...

Amó como pocos a su morlaquia,
A los capulies y a los saucedales;
En sus acuarelas y en su poesía
Puso el oro viejo de los retamales.

Y este hombre tan grande, pasó por la vida
Triste, silencioso, como pasa una ola...
Llevando el sombrero de la ala caída
Y envuelto en la capa de gracia española.

PLATA ANTIGUA

(Fragmentos)

Hoy mi alma se remansa como el cristal de un lago
Para copiar tus cielos y tus floridos campos,
Las cruces de tus techos, los blancos campanarios,
Las calles silenciosas, el parque solitario,
Los sauces pensativos, tus capulies heráldicos,
Los verdes amancayes de flores de alabastro,
Los retamales de oro y los gomeros altos.

Hoy quiero unir mis trinos a los que dan los pájaros
Que anidan en tus techos, antiguos y empolvados,
Y a tus campanas dulces mezclar quiero mi canto,
Manejo de recuerdos de esos tiempos de antaño,
Collar de Plata Antigua que con trémula mano
Coloca en tu garganta la inspiración del bardo...

Centurias ha, que un día, gentil aventurero
Posó su planta invicta sobre este regio suelo
Morada de caciques, señores de un imperio,
Tal como el cóndor libres, y como el puma fieros...

Don Gil contempló el valle, de amor latióle el pecho
Y a la vida naciste cual germen de un ensueño...

El supo de otra Cuenca, de Blanca de Castelo,
Que llora tras los mares la ausencia de su dueño...

Sobre alfombra de lirios y rosas,
Recostada del Ande en la falda,
Bajo un cielo de encaje azulino
Que tejó con sus dedos una hada;
Escondida cual perla en su concha,
Entre un marco de verdes montañas,
Arrullada por la arpa gigante
De tus ríos de linfas perladas,
Te dejó, Cuenca mía, mi tierra,
Ese noble guerrero de España,
Que, al marcharse, secara en sus ojos
Dos hilillos temblantes de lágrimas...

Te dejó del idioma el tesoro
Y el ensueño del moro en el alma.
Te mostró de la altura el camino
Con la cruz inmortal de su espada;
Colocó en la techumbre pajiza
De tu templo, una torre muy alta,
Desde entonces se escucha en tu valle
El clamor de la dulce campana,
Al nacer en tus cielos el día,
Y al morir de la tarde callada.
Te dejó la hidalguía en el pecho,
Heroísmo y valor en el alma,
Te dejó las seis cuerdas ardientes
A que sola, en tus noches de plata,
Estremezcas la paz de tu valle
Al pulsar la doliente guitarra.
Te legó la pasión que es enseña,

La alegría y tristeza del alma...
Desde entonces, tus hijas ostentan
En sus ojos la lumbre de España,
De esa tierra que es fuego y es nervio,
De esa tierra blasón de la raza,
De esa tierra que dió alas al genio
Que a la virgen América hallara...

Con nobleza, con fe, con ensueño,
Encerrada entre verdes montañas,
Has crecido en centurias, Señora,
Hasta verte hoy madura y lozana,
Coronada de palmas y lauros,
Por el sol de la gloria nimbada...

.....
.....
Cuenca mía, mi tierra bendita,
Cómo sueño en los tiempos de antaño,
Esos tiempos de heroicas hazañas
De los viejos abuelos bizarros,
Que, en hermosas consejas, las noches,
A la luz de un candil rojo pálido,
Me narraron las dulces leyendas
Que en el fondo del alma las guardo...

.....
.....
Caballeros de capa y espada,
De un balcón a las rejas rondando,
Se ve luego, el cruzarse de estoques
Que interrumpen la calma del barrio.
Y al prenderse el lucero del alba
Que despierta campanas y pájaros,
Las beatas que corren a misa,
Con horror se detienen, mirando

Un cadáver tendido en la calle
Con un rojo clavel en la mano!...

.....
.....
Delante del convento de San Sebastián
Se extiende la plaza, con gramas y trébol,
Allí se estremecen, todos los Domingos,
Las chicas que adoran en silencio al Diestro.

Los toros más bravos lidianse aquel día,
Desde los andamios, frenético, el pueblo
Espera con ansias el último toque
Que lance a la arena los toros cerreros.

Los ojos espían los trajes de luces,
Por quienes palpitan de amor muchos pechos...
La música rompe la bélica marcha,
Y entre ¡hurra! avanzan airoso toreros.

Ya suena en los aires la corneta grave,
Y el bruto rabioso, lanzando un lamento,
Irrumpe en la arena, mostrando iracundo
Roja banderilla pendiente del cuello.

El toro es un monstruo de fuerza y belleza,
Delante sus astas, un punto es el Diestro;
Mas se oye un bufido y esa masa enorme
Cae de rodillas con la espada al pecho...

Un noble extranjero requiebra una bella
Con tanta arrogancia que provoca celos,
El pueblo se irrita, mas él lo desdén
Fiando en su espada con loco denuedo.

En todas las almas despiértase la ira,
Y un clamor se escucha: ¡muera el extranjero!
Y una turba loca, ciega de coraje,

Cruelles estocadas le asestan al pecho...
Herencia de España... También nuestras plazas
Tiñéronse en sangre de monstruos cerreros;
También nuestro estoque, guardián de la dama,
Hirió, como antaño, fementidos pechos...

.....
.....
Nuestra España era buena, hijos míos,
No habléis mal de ella,
Nos mandó con Colón su estandarte,
Su Dios y su lengua.
Mas los hombres que luego vinieron
A regir estas vírgenes tierras
Nos hicieron las hondas heridas
Que hasta hoy no se cierran.
Y la madre moraba tan lejos...
Y era dura y tenaz la cadena,
El rugir de los mares ahogaba
El doliente clamor de la queja...
En las plazas se alzaban las horcas,
¡Qué visión tan horrible y tan tétrica!
Fué la ley de esos crueles chacales
El terror que asesina y afrenta...
¡Tiempos coloniales,
Santa cólera incendia mis venas
Al pensar cuanta sangre ha vertido
Esa máquina cruel y siniestral...
Tierra mía, pasión de mis años,
Si a mandarte tiranos volvieran,
A que la horca no se alce en tus plazas
Prende fuego en tus bosques y selvas!

Meditando se queda el abuelo,
Parece que en su alma
Revivieran las crueles historias
Que pusieran terror en su infancia.
Suspirando, después, continúa:

Lo cruel de este drama
Me narraron los hombres que vieron
Morir a Zavala,
El mancebo elegante y altivo
De capa y espada,
Don Juan de los tiempos
En que amar era cosa muy mala.
Vallejo, el terrible,
El señor de las tierras azuayas,
A Zavala, en la cárcel un día
Le guardó por las locas hazañas
De turbar la quietud de las noches
Con el son de su dulce guitarra,
Por ser pendenciero
Y tener de españoles el alma...
De la cárcel un día fugóse
Y sus pasos la fiera acechaba,
Sin hallarlo corrían los meses,
Y en su pecho crecía la rabia.
Mas un día, Vallejo a caballo
Por las calles de su insula andaba,
De un billar a las puertas divisa
Al pobre Zavala;
Le intima prisión, y el mancebo
Del perdón solicita la gracia:
¡Cuán inútil hablar a las fieras
Como se habla a los hombres, con lágrimas!
A la cárcel, le grita iracundo,
El feroz hijodalgo de España;
Zavala, a la fuga,
Como ciervo, temblando, se lanza,
De las Monjas buscando las puertas
A que Dios su existencia amparara,
Mas ¡ay!, cruel destino,
¡Las halla cerradas!...
Y la fiera que sigue sus pasos,
Al pensar que la presa se escapa,
Una bala, cobarde y certera,
Le asesta en la espalda...

¡Y florece una rosa de sangre
Que pide venganza!...

Madre, por tu sangre
Que es la misma que alienta a mi raza,
Que funde cadenas
Y se vierte por Dios y la Patria;
Por el cruel Vallejo,
Por la horca en la plaza,
Por tantas gabelas
Que del pueblo la vida amargaban,
Porque no quisiste
Que a tu pobre esclava
Le ilumine la luz de la ciencia
Que es fuerza y es ala,
Rompimos un día tus crueles cadenas,
¡Pero nunca los lazos del alma!...

.....

.....

Más de un siglo, que un día el Matadero,
Como un león salvaje se encrespó,
Dejó su estrecho cauce, y altanero
Del Ejido en la vega se extendió.

Del monstruo bramador a la pujanza
Ni el árbol secular se resistió;
Si un momento, ante el dique se remansa,
Pronto al muro, triunfante, dominó.

El huerto, el campo, la pradera umbria,
Inclemente a su paso destrozó;
Y en tanta choza, do el amor latía,
El estrago y la muerte derramó.

El Yanuncay, sus ondas tenebrosas
Con las espumas del león juntó;
Y el valle de los lirios y las rosas
De lodo y de guijarros se vistió...

Y seguía y seguía la creciente,
Como nunca hasta entonces se miró,
Y mi Cuenca, que siempre fue creyente,
Misericordia a su Señor clamó...

Gimieron las campanas noche y día,
La súplica ferviente no cesó,
El páramo en las cumbres se cernía,
Y el sol tras de ese velo se ocultó.

El Obispo en el alma sintió espanto,
Del barranco a la cima se acercó,
Y en el nombre de Dios, tres veces Santo,
Al furioso torrente conjuró.

Se aquietaron las ondas bramadoras,
El monstruo, cual cordero, se durmió;
Y cual recuerdo de esas tristes horas,
En el Vado la Cruz se levantó...

*
* *
*

Coronando la cima de tétrico barranco,
Recuerdo de unos días de cruel desolación,
Está la Cruz del Vado, inmenso lirio blanco
Abierto en las negruras del rígido peñón.

Solitaria en la cumbre, de Abril le deja el astro,
Mas rompe ya de Mayo la sonrosada luz,
Y esplende en su peaña la límpido alabastro,
¡Cual reina de las cruces, esta bendita Cruz!

El pueblo que la adora, con mística ternura,
De flores le ha tejido dosel primaveral;
Y es el barranco humilde un templo en miniatura
Y altar de regio encanto su tosco pedestal.

Y todo en su contorno palpita, vive y siente,
El Vado, el barrio antiguo, parece un colmenar;
Y hasta el raudal que besa sus pies humildemente
Parece que entonara más dulce su cantar.

Las ondas cristalinas que van pasando al vuelo
Se sienten orgullosas su imagen al copiar;
Y junto con mi campo, y junto con mi cielo,
Su sombra, eternamente llevando van al mar.

Y aun el vetusto puente, que ante ella está de hinojos
Desde la larga noche del tiempo colonial,
Por ver la Cruz, no cierra sus dos enormes ojos,
Y la contempla siempre temblando en el raudal.

Es la noche triste del Miércoles Santo.
A tinieblas, lento, llamó el campanario.
Del templo en las naves hay grupos compactos
De mozas y viejas, de niños y ancianos.
Al son de las flautas de un órgano trágico,
Un coro de voces entona los Salmos,
Que a las almas hieren como finos dardos.
Luego, una tras otra, se van apagando
Las quince cerillas del gran Tenebrario.
Las catorce han muerto, una, parpadeando,
Lucha con la sombra que tiende su manto
En las anchas naves y en los muros altos.
Ya muere en el coro el último Salmo...
Catedral, tus puertas de robles de antaño,
Dando un golpe seco, raudas se cerraron.
Triste, lento, grave, ¡himno soberano!,
Surge el Miserere... la luz se ha apagado.
Debajo las naves de vetustos arcos,
Debajo del coro, delante el Sagrario,
En los huecos que hacen los confesionarios,

Se escucha el chasquido lento de los látigos...
Y sigue en el coro el lúgubre canto,
Que va por las naves rodando, rodando,
Como un trueno sordo de pena y espanto...

Las luces se encienden...
En los rostros pálidos,
Secando las lágrimas, se agitan las manos...

Las puertas enormes se entreabren sonando,
Y cual nube negra de nocturnos pájaros,
Se apiña la gente del templo en el atrio,
Con el alma henchida del recuerdo plácido
De la penitencia del Miércoles Santo.

Es de noche, y llovida la noche.
Ni un lucero en el cielo titila;
A la luz de un farol donde muere
Una vela de sebo amarilla,
Semejando en la sombra nocturna
Un cordón inquietante de hormigas,
Se avizora en las calles lodosas
El cortejo de gentes venidas
De los barrios lejanos de Cuenca.
Graves hombres, señoras y niñas,
En el templo sombrío se mezclan
Practicando las Siete Visitas.
Jueves Santo es la noche de Cuenca,
Como una ascua en el templo encendida
El altar se destaca esplendente
Que es de Cristo la cárcel divina.
Todo es luz, armonía y perfume,
Y cada alma, a la fe que palpita,

Va sembrando en las calles oscuras
Como rosas las Ave Marias...
¡Ah, qué tiempos!, musita el patriarca,
Esa fe hasta ayer no extinguida...
Con la diestra rugosa recoge
De sus ojos dos perlas muy limpias.

Ya no son los hombres adustos y fieros
Que antaño lucharon contra el español,
Guerreros de bronce que guarda la tierra,
Restos del Imperio que adoraba al sol.

Ya no son los hombres del gran Guapdondelig,
Los dueños altivos del áureo metal,
Los que el llauto de oro al sol relucian,
Ciñendo las plumas del pájaro real.
Las pieles del puma no ostentan ahora,
No llevan sus manos la macana ya;
Hoy son los vencidos, restos de esa raza
Cuyo sol de gloria nunca brillará...

Ya son en los campos y en miserables chozas
Como tenues rayos de pálida luz...
Ya somos hermanos, su raza y la nuestra
En una ha juntado la materna cruz.

Su tosca rodilla, con fe, con ternura,
La dobla temblando delante el altar,
Y la pompa augusta de cristianas fiestas
Las penas de antaño les hace olvidar...

.....
.....

Son las doce, Domingo de Pascua,
En la plaza de San Sebastián,
Por quitar a la Virgen su velo,
Ya gozosos los indios están.

Y la Madre que al pie del Calvario,
Solitaria llorando quedó,
Está envuelta en un manto de luto
Por su amor que en la Cruz expiró.

De la plaza en el centro se ostenta
Majestuoso un gran arco triunfal
Recamado de plata labrada:
Plata antigua, primor colonial.

Al compás de una música triste,
La esperada función comenzó;
En la plaza, mil ojos se clavan,
Que la Virgen al arco llegó.

Rubio niño vestido de blanco
Remedando celeste visión,
Sonriendo, a la Virgen le arranca
De las sienes el negro crespon.

Una cesta de flores se rompe
Cual si hiciera explosión un volcán,
Y un enjambre de blancas palomas,
Cual saetas al cielo se van.

La bocina da un hondo lamento,
Lanza el bombo su tétrico son,
Y las quipas, pingullos y flautas
Ensordecen la azul extensión.

Las campanas se tocan a vuelo,
A su templo la Virgen tornó,
Y felices los indios se alejan:
¡De María el dolor se acabó!...

.....
.....

Con la fiesta del Corpus bendito
Comenzaba el feliz Setenario,

De este pueblo creyente y sencillo,
Poeta y cristiano,
Que dobló sin rubor la rodilla
Ante el Rey que los Reyes honraron.
Es de tarde, en el templo vetusto,
Como nido de alondras y pájaros,
Las campanas desatan sus lenguas
De alegría poblando el espacio,
Y la banda del pueblo, incansable,
Viejos tonos entona en el atrio.

Catedral, por tus viejas ventanas
Vierte el sol a torrentes sus rayos;
Todo es luz y perfume en tus naves
Y alegría en los pechos morlacos...

En la plaza cubierta de grama,
Donde canta con perlas la pila,
A la luz de un sartal de faroles,
Tras los globos los niños se agitan.

Las campanas se tocan a vuelo,
Los cohetes atruenan y brillan,
Y la torre vetusta del templo
Es fanal que se eleva hacia arriba.
Los portales repletos de gente,
Departiendo las nobles familias,
Los plebeyos, los hijos del campo,
Y toda alma nidal de alegría...
Dan las diez, el castillo se quema,
Hay diluvio de luces y chispas,
Y los rostros de todas las gentes
De diversos matices se pintan.

Da las diez el reloj del Cabildo,
Con su voz a la turba disipa,
Y se alejan contentos, pensando
Que mañana también habrá vísperas,
Que son siete las noches de fiesta
Y que en todas habrá maravillas.
¡Ah, memorias de tiempos lejanos,
Como chispas de luz ya sois idas!

Setenta años, que en las quiebras del Portete
Los cañones entreabrieron sus gargantas;
Resonaron los clarines,
Fulguraron las espadas,
Y los cascos de los bélicos corceles
Arrancaron a las piedras de la pampa
Rojas chispas,
Como el alma
De los bravos que ese día
Se ciñeron de laureles en la lucha legendaria.

¡Cómo siento que en el pecho,
Corazón, otra vez saltas,
Me pareces que en la diestra
Estoy blandiendo la lanza!
Clama el abuelo, exaltado,
Dando vueltas por la sala,
Crispando la diestra mano,
Centelleante la mirada.

Allí Flores el valiente,
Entre el humo y la metralla,
Aunque maten sus caballos
Siempre avanza;

Que en los riscos del Portete,
Como un alce perseguido corre Plaza,
Y los bravos del Yaguachi, con su jefe,
Al clarear de la mañana,
Al sol lucen las banderas
A las huestes invasoras arrancadas.

Más allá, sobre la cima,
Camacaro con su lanza,
Con Nadal y Vallarino
En el Irquis las rechazan,
Y se cubren de laureles
Los leones que hicieron en el Cauca.
Mientras Sandes y Cordero
Por doquier bravos batallan,
Los Cedeños invencibles
Y el intrépido Caracas,
Siembran muerte, rudo estrago
Con las puntas vengadoras de sus lanzas.
Allá van Alzuro y Heres,
Como trombas desatadas,
Frente al Rifles que fue aliado de la gloria
En cien campos de batalla...
Y la pampa esmeraldina
Van cruzando como ráfagas,
Las figuras luminosas
De León y de Guevara,
Cual torrentes desprendidos
Del frontón de la montaña.
Mas, cual lengua centelleante
De un volcán que reventara,
Por doquier avanza Sucre,
La llanura se estremece cuando pasa:
Es el rayo, la tormenta,
Como el rayo incendia y mata...
Setenta años,
Y aún parece que escuchara
El clarín de la victoria resonando
En los montes, en los riscos y en la pampa.

Otra vez mis ojos miran
En la pampa legendaria,
Cómo cruzan los jinetes,
Cómo se embotan las lanzas,
Cómo se tiñen las ondas
De rubies y escarlata.
Otra vez llega a mi oído,
Como tormenta lejana,
El bramar de los cañones,
El crujir de la metralla,
Los ayes de los que mueren,
Los ¡hurra! de los que avanzan,
Y por fin "el trueno de oro"
Del clarín, que esa mañana
Cantó el himno de victoria
Sobre las cumbres azuayas.

.....
.....
¡Dónde están los blancos mármoles
De la pampa legendaria,
Que en estatuas majestuosas
Al azul no se levantan
Pregonando la osadía
De esas vidas ignoradas!...

¡Pobres héroes sin sepulcro!
¡Injusticias de la Patria!...
Dice, trémulo el abuelo,
Enjugándose las lágrimas...

.....
.....
Ha sonado el pingullo en los valles.
¡Carnaval, es tu heraldo doliente!
La ciudad cual colmena de abejas,
Por doquiera comienza a moverse.

.....
.....
Ya los niños se muestran inquietos,
Carnaval tu alegría les mueve.
Con un sol esplendente en el cielo,
El Domingo esperando se viene,
Y en el alma del pueblo, el delirio
De la fiesta esperada florece...

.....
.....
Carnaval, hoy tu fiesta no tiene
Esa santa alegría de antaño,
Cuando todo rencor y querella
Terminaba en la paz de un abrazo;
Cual si tu agua tuviera la magia
De lavar lo que estuvo manchado,
De juntar lo que estuvo deshecho,
Y de hacernos más buenos y hermanos...

.....
.....
Las nieblas huyeron en bandadas rápidas.
Se ha vestido el cielo de azul y de grana,
En las viejas torres, tardes y mañanas,
Pájaros en fiesta, las campanas cantan.

.....
.....
Muestra el sol radiante sus más regias galas,
Sus racimos de oro luce la retama,
Y los amancayes, copas perfumadas.
Los ríos, alegres, templaron sus arpas,
Y las flautas tristes de doradas cañas,
Igual que los mirlos igual que las almas,

Igual que los bronce, repican y cantan.
La luna es más bella, su luz es más blanca,
El cielo, cual nunca de chispas se cuaja,
Florecen las rosas, palpitan las alas,
En los romerales murmuran las auras
Que en luz y en aromas las alas empapan.
En todos los templos, en todas las casas,
En las alquerías, como en las cabañas,
Sobre altar de flores y entre luces pálidas,
Cual la flor más bella de la tierra azuaya,
Maria en su trono sonríe a las almas,
Que a sus pies, rendidas, por Reina le aclaman;
Lo mismo que el cielo, lo mismo que el agua,
Igual que las flores de su Paucarbamba,
Igual que el latido de la roja entraña
De cuantos nacimos en estas montañas.

MI VADE

Para mi hijo Agustín.

A los años, ayer, abrí temblando
aquel vetusto armario
que en mi cuarto te pasas contemplando
con miedo y otras veces con cariño.
¿Sabes qué guardo en él?: joyas de niño;
¿cómo le llamo yo?: Mi relicario.

Lo abrí para buscarte alguna cosa,
algún juguete de mi edad dichosa,
para premiar tus triunfos de la escuela:
¿sabes lo que encontré?: Mi viejo vade
hecho no de hule, pero sí de suela.

Lo abrí llorando y de él, como el perfume
que al entreabrir el pomo el aire invade,
se escaparon recuerdos de mi vida
que el tiempo en su carrera no consume!...
¡Oh viejo cartapacio que mi padre
colgó a mi cuello esa feliz mañana
en que mi santa madre,
entre triste, feliz y conmovida,
besándome me dijo:
hijo de mi alma, el tiempo corre, vuela,
y sólo en esta edad, dulce y temprana,

se va hacia el porvenir. ¡Valiente es mi hijo!...
¡es todo un hombre, ya es señor de escuela!...

Viejo vade, otra vez entre mis manos
te miro como ayer. Otra vez siento
que el plasma que en mis venas se congela
circula con más raudo movimiento...
¡Oh recuerdos lejanos!...
otra vez me parece, vade mío,
que a la escuela me voy, con mis hermanos,
¡a esa escuela que siento ya no existir!...
¡Entonces siento el frío
de la cruel realidad, de la amargura
de esta vida tan larga como triste!...

Hace treinta años, cuando fui dichoso,
—todo niño es un canto de ventura—,
ese viejo Patriarca bondadoso
que tanto te quería
me llevaba a la escuela de la mano,
como hoy te lleva a ti la mano mía!...

Pues bien, aquel anciano,
que ya mis pasos desde arriba vela,
el día que dejé de ser un niño
guardóme en este armario, con cariño,
el pobre vade con que fui a la escuela...

Ya lo abro... ven verás lo que él encierra...
No son joyas fantásticas ni raras
de un mágico tesoro.
¡Ay, son reliquias caras
de lo más santo que adoré en la tierra!...

Toma, a ti te doy lo que más quiero:
un trompo, muchas bolas cristalinas,
una rota pizarra, un lapicero,
un puñado luciente de botones
que remeda un collar de piedras finas;

una corona de papel dorado
con que mi padre amado,
hace treinta años coronó mi frente
al llegar mis primeras vacaciones!...
¿Y qué más? Este libro puro y santo
que encierra las más dulces oraciones,
que en mis manos, ayer ella pusiera
en ese día que sentí el encanto
¡de aquella blanca comunión primera!...

Llévate todo ya... déjame el vade...
Derrocha como quieras mi tesoro,
mas guarda el libro que yo tanto adoro:
¡a que reces en él cuando me muera!...

EL POEMA HUMILDE

Porque eres pequeñito, porque al cielo
no subes como un águila altanera;
porque tus alas al romper el vuelo
no hacen sombra ni ruido en la pradera.

El hombre no te siente ni te admira.
Gorrion, por diminuto no le espantas;
¡aun cuando tú eres una alada lira,
y tuyo el infinito porque cantas!

Gorrioncillo de plumas pardas, grises,
huésped alegre de mi humilde alero,
por los poemas que al cantar me dices
quiere pagarte rimas el trovero.

Escucha tu poema, aun cuando pienso
que mi voz, cual tu trino ha de perderse
sin hacer ruido, bajo el dombo inmenso
do el águila gentil sus remos mece.

¡Feliz cosmopolita! En donde quiera
pasas tu alegre vida de trovero:
en la ciudad, el bosque, la pradera,
o dentro el hueco de cualquier alero.

Mas siempre tu existencia se desliza
dulcemente en el carro de las horas:
cantando, si la luz muere indecisa,
cantando, cuando brillan las auroras.

Sólo el hombre insensible que no tiene
este mal de cantar dentro del pecho,
inhumano, en matarte se entretiene:
¡cuando a vivir más que él tienes derecho!

Cantar, amar, volar, es tu destino;
¡ay, si tuviera tu dichosa suertel,
para al fin, en un árbol del camino
hundirme en el abismo de la muerte...

Porque te oyen gorjear, bala homicida
rompe en tu pecho lira, canto y galas,
y pagas, gorrioncillo, con la vida
el cruel delito de nacer con alas.

Gorjeos, pan y amor, roban al nido,
al huerto todo su mejor encanto;
un trovador al valle florecido,
y una flauta al doliente camposanto.

II

Bien has hecho, gorrión, de haber buscado
los muros de mi hogar para vivienda;
si pasas pobre, humilde y olvidado,
no hay mano que te hiera ni te ofenda.

Pordiosero que vives de mi mesa
y tomas el agua que a diario tomo;
¡por ti que Dios bendice mi pobreza!,
¡porque te doy mi pan, yo también como!

Aunque tanto te quiero, no he podido
calentarte las noches junto al pecho;
a que aprendas de mí, que hice mi nido
y sean dos debajo el mismo techo.

Te contemplan mis hijos con cariño,
que en inquietud a ellos tú te igualas:
¡gorrioncillo sin alas es el niño,
y eres un niño tú con canto y alas!

Cuando en las tardes te contemplo ufano
a saltos recorriendo la terraza,
bendigo a Dios que te ha mandado, hermano,
a aumentar los gorjeos de mi casa.

Y, a veces, me imagino en mi alegría
que eres el alma del gorrión llorado
que la cuna dejando fue vacía
y en el hogar su puesto... no llenado...

Y cual si comprendieras mi tristeza,
de mi lado te vas meditando,
escondes bajo el ala la cabeza
y gimes con arrullos de otro mundo.

Me lanzo a aprisionarte, todo en vano...
burlan tus alas mi febril anhelo:
¡a él no pudo detener mi mano!...
¡de ti no puedo contener el vuelo!...

III

Compañero de canto, ¿qué infortunio
a veces te acongoja y te desvela,
que, en las noches de claro plenilunio,
cantando, como yo, pasas en vela?...

Y en noches que la pena me devora
y me agito cual loco sobre el lecho,
en medio de la sombra, hora tras hora,
trinando me acompañas desde el techo.

Tal vez me quieres porque soy tan triste...
De tu mal de cantar mi alma está llena:
¡yo no sé si mi pena me aprendiste,
o tu tristeza me empapó de pena!...

Cómo comprendes cuando sufro ansioso,
porque hay mañanas que te miro huraño,
y en el nido te quedas silencioso
temiendo que tu canto me haga daño.

Yo también soy un pájaro perdido
y vivimos los dos de iguales modos;
haz donde quieras en mi hogar tu nido:
Dios hizo el Universo para todos...

IV

En cambio, gorriuncillo compañero,
alada lira de mi alegre nido,
si es que yo dejo de cantar primero,
escúchame, gorrión, lo que te pido:

Pues siento que mi vida se derrumba
como banco de arena de la orilla,
que me estremecen vientos de ultratumba
que van gastando mi enfermiza arcilla.

Cuando mi polvo al frío polvo vuelva
y mi chispa de luz torne a la altura,
a que el silencio sepulcral no envuelva
el nido de mi amor y mi ventura;

y mis hijos no sientan que he partido
al largo viaje que jamás termina,
nunca abandones el alar querido,
y en tanto callo yo... tú trina, trina...

Cuando llorando esperen, gorrión mío,
y a sus párpados el llanto vuelva rojos;

tú que a las flores robas el rocío,
seca las perlas de sus bellos ojos.

Cuando muera la luz, en aquella hora
que gime el campanario su elegía,
gorrión, canta por mí y luego llora,
que así en las tardes yo rezar solía...

AL PAJUELO

AL PAUTE

Cuando incrustó el Señor en mis montañas
un jirón del edén, el Paute hermoso,
quiso que azules fueran sus mañanas,
las tardes apacibles y serenas,
el sol sin mancha, ardiente y luminoso.
Vistió el valle de rosas y azucenas,
pobló el aire de trinos y rumores
y en la florida vega,
donde las aves cantan sus amores
y la vida en torrentes se desata,
soltó su mano, que con astros juega,
loca serpiente de bruñida plata...

Cual dos amantes que en abrazo estrecho
se juntaran para ir por el sendero,
así un instante, juguetón, parlero,
el río amado de mi vega para,
y bajo tolda de bosque umbrío
confunde su corriente bullidora
del Gualaceo en la corriente clara;
de ese abrazo de amor naces, oh río,
cual de un beso de Dios brota la aurora.

Regia es tu cuna: rubios retamales
bordan con oro tu mullido lecho,

las frescas madreselvas, los rosales,
los nevados jazmines
tienden sobre tu cuna palio estrecho.
Para tus sienes de recién nacido,
la playa cariñosa
de áurea arena te muelle sus cojines;
y la brisa del Cabo, perfumada
del Amancay en la marmórea copa,
riza tu frente cuando estás dormido.

Qué feliz de tu vida la alborada:
el sielo azul te arropa,
la tórtola te canta sus querellas,
la tórtola, la flauta campesina
que ulula cuando temblan las estrellas.

Alegre adolescente, bullicioso,
a saltos va besando la colina;
mientras se ve feliz, joven y hermoso,
su mente no adivina
de la existencia el más allá medroso.
Como niño en su frente,
el cielo de la aurora
va copiando en su mórbida corriente.
¡Qué poética el alma de sus aguas!,
el turquí de los cielos le hizo puro,
por eso las piraguas
que desgarran su seno azul oscuro,
mirando su apacible transparencia
sin temores entréganse a su halago:
¡que miedo nunca infunde la inocencia!
Y sigue su camino, mas su vida
de la jornada siente el duro estrago;
la niñez quedó atrás con su blandura,
adelante la senda embravecida.
Como agudo puñal la roca dura,
la piedra indiferente del sendero
hiere sus plantas y, al sentirse herido,
impetuoso, altanero,

cual cachorro león enfurecido,
contra las rocas bramador se estrella.
La lucha no le abrume,
y deja del combate como huella
sobre la playa borbotón de espuma.

Así, soberbio, ardiente,
conquistador avanzas por la senda,
ostentando en los rizos de la frente
las rosas purpurinas
tomadas al pasar de amor en prenda.
Y cual recuerdos del rosal ausente
bañándose en las ondas cristalinas
te sigue en el camino
negro enjambre de locas golondrinas,
hasta que, al fin, te calmas, te sosiegas
del Zhumir en el valle esmeraldino.

Salud, oh río, que mis campos riegas,
Salud, ¡oh viejo amigo de la infancía!
Yo soy tu concha que en el alma llevo
de tus olas tenaz la resonancia...

Qué hermoso vas allí: el muelle césped
tus orillas alfombra;
te dan los sauces su tranquila sombra
y las aves sus cantos de ternura.
Cuando en ti quiebra el día su reflejo,
en la playa eres tembloroso espejo
que duplica su marco de verdura.

A tu paso la caña lujuriosa
para besarte su penacho inclina,
la rosa campesina
el pomposo naranjo florecido,
por bogar en tu linfa cristalina
se entregan inocentes al olvido.

Qué bueno eres allí: allí no gritas,
en mis campos parece que descansas,

parece que meditas:
tranquilo te detienes y remansas.
Entonces en tu frente
de soñador grandioso,
finge el radiante sol del mediodía
un rojo pensamiento luminoso.

Eres el alma de la serranía:
a los campos les das vida y frescura,
miel a las flores, placidez al día
y al erizado peñasal, blancura.

Ya no eres en el valle alegre niño
que juega con las frágiles piraguas,
profunda, misteriosa
es el alma tranquila de tus aguas.
Y ya en su balsa, de magüey flexible,
cortar no puede tu corriente umbrosa
el humilde pastor de mis montañas;
tiene miedo a tu abismo,
al insondable azul de tus entrañas,
a tu alma que medita,
y en un vuelo de rápido heroísmo,
al indio lleva la salvaje oroya
pendiente de la endeble tarabita.

Y sigues, y en el valle
donde la playa su verdor desata,
en donde la áurea caña te abre calle
para que ruede tu fluida plata,
un gigante de acero
enterrando sus pies en la ribera,
se burla de tus olas altanero
y clava en la otra orilla garra fiera;
y aunque te ves vencido,
del gigante el triunfo no te abrume,
y lanzas a los cielos un rugido,
y al vencedor le escupes blanca espuma.

Qué hermoso eres allí: sobre la playa
 que se abrillanta de arenillas de oro
 cuando frente al Cobzhal el sol desmaya;
 los labradores, en alegre coro
 arrojan en tu límpida corriente
 la traicionera red de la atarraya.
 Qué goces brindas a esa humilde gente,
 cuándo se muestran, apretando ufanos,
 el pececillo de plateada escama
 que lucha por zafarse de sus manos.
 Después, cuándo la tarde
 extiende sobre el valle sus crespones,
 como una novia tímida y cobarde
 entre nubes, que fingen el plumaje
 de los pardos gorriones,
 surge la blanca luna en el paisaje.
 Y, tímida gaviota,
 baña su faz en tu corriente pura,
 y te llevas su imagen, que en ti flota
 como azahar de mística blancura.
 A la luz de la luna tu corriente
 que se queda a dormir en la barranca,
 parece que se cubre
 de los Beduinos con la tolda blanca.
 Y tus olas se quejan dulcemente
 como un inmenso corazón herido:
 ¡cómo sorprende el alma, no el sentido,
 la grandeza de Dios en tu corriente!

Sobre tu lecho de menuda arena
 prosigues el camino silencioso,
 y al irte de mis campos sientes pena:
 expresión de quebranto es el sollozo...

Al llegar a la Playa en el lindero,
 olvidando del viaje las miserias,
 a la Villa le das tu adiós postrero:
 que no circula en vano
 sangre del Tomebamba en tus arterias.

Después, la augusta mano
 del Ser que enciende el luminar del día
 y enflora el campo que su dedo toca,
 le trazó al río un apretado cauce
 al través del granito de la roca.
 Y por última vez, sobre el abismo
 que abre en su espera la siniestra boca,
 mostrándole los pliegues de su fauce,
 cual si a tragarle fuera,
 de Chicti el puente junta en un abrazo
 las cumbres de la abrupta cordillera.
 Qué triste en el Huagal es su viaje,
 qué larga y fatigosa la carrera:
 el guijarro le hiere a cada paso,
 la peña embravecida
 ya no se viste de florido traje
 y mira que en la tarde de la vida
 se cubre de tinieblas el paisaje.
 ¡Cuán oscura es el alma de sus aguas!,
 la senda dolorosa
 empañó su corriente cristalina;
 su agua es triste, espumosa,
 que trozos de su carne va dejando
 en la senda fatal por do camina.
 Así marcha rodando
 funesto, indiferente,
 en duro lecho de negruscas peñas.
 Su pesada corriente,
 no ya como en mis campos se dilata;
 en medio de las breñas,
 que cual púas erizan el sendero,
 arrancando a sus venas sangre hirviendo,
 asemeja un enorme riel de acero
 que va en busca del alma del Oriente.

Las aves ya no cantan su partida,
 la luna no se baña en sus cristales;
 el viajero en la tarde de la vida
 no mira sino sombras sepulcrales.

De vez en cuando el viento
entona un miserere de agonía
y pasa, cual el ala
de un sombrío y tenaz remordimiento,
rozando el gavilán su frente fría.
Y sigue en su delirio
estrellándose a veces en la roca
que asiste indiferente a su martirio;
gritando de furor cuando la peña
impotente y salvaje
a desigual combate le provoca;
hasta que al fin al Allcuquiru llega
como al último tambo del viaje.
Como ayer, en mi valle esmeraldino,
a los pies del gigante se sosiega,
y forma un semicírculo grandioso
plateado por las canas del camino.
En la tarde final, sobre los hombros
ostenta un manto de nevado armiño:
que siempre del pasado en los escombros
torna el viejo a ser niño...

Y aquel monstruo erizado de picachos,
cargado de agujones y de dientes,
emblema de la vida,
con lágrimas le da la despedida...
Y en esa hora postrera,
como chorros de perlas relucientes,
vierte sobre su seno
cuatro arroyos de limpidas corrientes.
Son las últimas lágrimas que llora
por su muerte la azuaya cordillera...

Adiós, ¡oh gran monarca!, llegó la hora
de morir. Ya la excelsa andina roca,
cual de la negra eternidad la boca,
te abre un arco siniestro y pavoroso
a que pasen gimiendo tus raudales;
y de un salto solemne y majestuoso,

te pierdas, como un alma en los edenes
de las ignotas selvas orientales...

Después, el gran silencio de la nada,
la soledad sublime de los cielos,
en el paisaje los brillantes hielos
de otra Sierra Nevada...

¡Oh río de mis campos! Cuantas veces
de tus orillas en la verde grama,
al rumor de tus olas me he dormido
como se duerme el que suspira y ama.
Al mirarte qué veces he sentido
del Ser Supremo la inmortal grandeza,
y cual se esconde el pájaro en el nido,
he hundido en tu grama la cabeza.
En la infinita soledad del campo,
por altar la feraz naturaleza,
¡oh río!, cuántas veces de rodillas,
del sol de mediodía al rojo lampo,
en éxtasis me has visto en tus orillas.
Para apagar la sed que me tortura
en esas horas de infinito anhelo
en la mano bebi tu linfa pura:
que sorber de tus ondas cristalinas
es comulgar con el azul del cielo...

¡Oh Rey de mis montañas azulinas!,
cuán hermoso eres a la par que grande;
la vida que en tus ondas se derrama
es la sangre que inflama
el gigantesco corazón del Ande.

¡Río, alma del alma,
altiva y soñadora de esta tierra,
que en la lid no trepida ni se abate;
en ti hemos aprendido
a cantar con rumores en la calma
y a rugir con tu voz en el combate!...

¡Oh Pautel, que esta lira
don del cielo y amor de mis amores,
no gima inútil en edén de flores,
sino al son de tus cánticos ferales.
Arrástrala en tus ondas bramadoras,
tú que vas a las selvas orientales,
en donde el invasor plantó su tienda
y mitiga su sed en tus raudales;
préstale de tu voz hondo rugido,
que retumbe cual trueno en la floresta,
para que antes que duerma en el olvido
de tu seno salvaje,
al invasor le lance su protesta
y le azote en la frente su cordaje.

EL POEMA DEL SAUCE

PRELUDIO

Al son de humilde rondador indiano,
sollozo de mi agreste serranía,
ya que por triste te he sentido hermano,
sauce, quiero cantar tu poesía.

En dónde no te miro en este suelo,
al que sus galas primavera trajo,
unas veces la copa vuelta al cielo,
otras veces la copa vuelta abajo.

En el huerto, en el río, en la floresta,
o en la quietud del cementerio esquivo,
en todo sitio, tu ramaje presta
su sombra al muerto, su frescura al vivo.

Quién no te busca con igual cariño
para, al abrigo de tu tronco añejo,
contarte su ilusión el loco niño,
llorar su soledad el pobre viejo.

¿Por qué en la tierra azuaya eres tan triste
cuando el campo feraz revienta en flores?

Sauce, de Babilonia tú trajiste
la pena al arpa de mis trovadores.

Por esto, cuando el sol temblando expira,
busca mi alma tu tronco carcomido,
y abrazada a sus grietas y a la lira
es plegaria, es nostalgia y es gemido.

EL SAUCE DEL HUERTO

En el huerto eres pompa y lozanía:
a tu abrigo, al herirnos pena extraña,
a la muriente claridad del día,
lágrima oculta la pupila baña.

En tu tronco grabamos cuando niños
de la amada ideal el nombre oculto:
cuando el tiempo deshizo esos cariños,
lo hallamos en tus grietas insepulto.

Al fulgor de la luna encantadora,
que el velo de tu manto no desgarrar,
contigo canta el corazón que llora:
¡corazón de tu tronco es la guitarra!...

Qué bueno eres conmigo, centinela
de mi jardín, cuando en las tardes idas,
a tu sombra, al regreso de la escuela,
escribía mis versos a escondidas.

Arbol de la heredad, árbol casero,
¡cómo revives en esta alma ausente!

de mi pasión tú fuiste compañero,
de mi dolor tú fuiste confidente...

Quién me diera que, al fin de mi viaje,
que por largo mi paso vuelve incierto,
me cobije la sombra del ramaje
del sauce, hermano del abuelo muerto...

EL SAUCE DEL RÍO

EL SAUCE DEL RÍO

Dél Tomebamba en la apacible orilla
surge su copa verdegueante y fresca,
que finge a la distancia una sombrilla
labrada de esmeralda gigantesca.

Sobre el espejo de cristal luciente
destrenza la flotante cabellera,
y al verse en el cristal de la corriente,
halla en su sombra amante compañera.

Como oro que se enreda en su ramaje,
los jilgueros le esmaltan con sus galas,
y cuando el sol reluce en el paisaje
estalla el canto entre temblores de alas.

Cuan hermoso en los cauces murmurantes,
cuando tiende su sombra en los caminos
y cuelga de sus ramas bamboleantes
la lavandera los mojados linos.

Feliz él, tentador con su frescura,
al mediodía, cuando el sol destella,

ve romper el espejo de onda pura
la casta desnudez de la doncella.

Cuando la luna el horizonte dora
surge, otra vez, su amada en los cristales;
le cubre con la copa tentadora
y le besa al huir de los raudales...

EL SAUCE DEL CAMINO

Alegando la vera del camino,
enorme quitasol es tu ramaje;
providencia de sombra al peregrino
y nota esmeraldina en el paisaje.

Como eres resignado, aunque tus ramas
cercene el leñador, en primavera,
otra vez en la senda desparramas
las hebras de tu glauca cabellera.

En tu copa se esconden los gorriones
que se van cuando pasa el caminante,
cual del alma las locas ilusiones
que el dolor las ahuyenta a cada instante.

Yo también, en mis horas de tristeza,
viajero del ideal, busco tu sombra,
para esconder rendida la cabeza
de tus hojas doradas en la alfombra.

Mientras tú, hermano, esmaltas el sendero
con el oro que el sol cuajó en tus hojas,

lanzo a la vida, do cantando muero,
lluvia de flores negras... mis congojas.

Pero esta alma rebelde te ha aprendido
resignada a llorar, en dulce espera
de que, como a tu tronco desvestido,
Dios le brinde su eterna primavera.

EL SAUCE DEL CAMINO

Y cuando el viento levanta el polvo,
y cuando el sol calienta la arena,
y cuando el río canta su canción,
y cuando el camino se abre a la vida,

¿cómo es posible que el alma se quede
tan sola y tan triste en el camino?
¿cómo es posible que el alma se quede
tan sola y tan triste en el camino?

En el camino se abre el alma,
en el camino se abre el alma,
en el camino se abre el alma,
en el camino se abre el alma.

El alma se abre en el camino,
el alma se abre en el camino,
el alma se abre en el camino,
el alma se abre en el camino.

El alma se abre en el camino,
el alma se abre en el camino,
el alma se abre en el camino,
el alma se abre en el camino.

EL SAUCE DEL PARQUE

Junto a la esbelta majestad del pino
que sobre el parque su pendón flamea,
cuelga el sauce su manto campesino,
sin el verdor jugoso de la aldea.

Le devora la pena del ausente,
la nostalgia del valle florecido;
le enferma la alegría de la gente
y el dolor de sentirse sin un nido...

Tan sólo alguna vez su abrigo goza
de enamorados la gentil pareja;
y el rumor de su copa temblorosa
leve suspiro de su amor semeja.

De miedo y de dolor su copa oscila,
cuando el clarín guerrero el aire atruena,
que al triste campesino le horripila
cualquier voz que no llore cual su quena.

Y al prenderse en su fronda las bujías,
más de tristeza que de luz se baña;

se vuelve ojos que van a lejanías
tras los cocuyos de su azul montaña.

Y cuando pasa de la noche el frío
aparece de lágrimas bañado,
y piensan, al mirarle, que es rocío
el llanto que en la ausencia ha derramado...

EL SAUCE CAMPESINO

Cual protege a la tímida paloma
del tupido follaje la espesura,
así abriga, en el valle y en la loma,
a la choza del pobre tu ternura.

Cuando la luna en tu ramaje riela,
cual si esa fría luz te hiciera daño,
te estremeces, y el perro centinela
se despierta y atisba su rebaño.

Compañero del indio destronado,
taciturno como él es tu ramaje:
el olvido a los dos les ha juntado
cual dos sombras dolientes del paisaje.

Estás en primavera y eres triste,
él está alegre y el dolor le apena:
yo no sé si su pena le aprendiste,
o tu tristeza le empapó de pena...

Tú le brindas la sombra cariñosa
cuando el sol le fatiga en los rastrojos,

eres vida en la lumbre de la choza
y ataúd que aprisiona sus despojos.

¡Oh sauce campesino!, si pudiera
por el indio que vives vigilando,
verte siempre en florida primavera,
porque así finges más que estás llorando...

EL SAUCE CAMPESINO

¡Oh sauce campesino!, si pudiera
por el indio que vives vigilando,
verte siempre en florida primavera,
porque así finges más que estás llorando...

¡Oh sauce campesino!, si pudiera
por el indio que vives vigilando,
verte siempre en florida primavera,
porque así finges más que estás llorando...

¡Oh sauce campesino!, si pudiera
por el indio que vives vigilando,
verte siempre en florida primavera,
porque así finges más que estás llorando...

¡Oh sauce campesino!, si pudiera
por el indio que vives vigilando,
verte siempre en florida primavera,
porque así finges más que estás llorando...

¡Oh sauce campesino!, si pudiera
por el indio que vives vigilando,
verte siempre en florida primavera,
porque así finges más que estás llorando...

EL SAUCE DEL LAGO

Sobre el cristal del agua pensativa
la verde copa destrenzada tiende;
y en el limpio caudal que le cautiva,
sus hojas, como lágrimas desprende.

Solitario en las linfas se dibuja,
su vida es triste, cual la mía, sola...
y cuando el vendaval su copa estruja
en espuma a sus pies revienta la ola.

El verde musgo que a su sombra nace
con lágrimas del agua se abrillanta,
igual que mis pestañas, si deshace
sus olas el dolor que me quabrantá.

Enamorado de un ideal, parece
que algún recuerdo su existencia agota,
pero tiembla, se alegra y se estremece
cuando posa en sus ramas la gaviota.

De entrambos la existencia dolorosa
arrebujá la cruel melancolía;

y me alegro cual tú, si en mi alma posa
mi gaviota de luz: la poesía.

¡Doliente hermano, cuantas almas tienen
nuestros triste destino, ser felices
sólo el instante que las alas vienen
a sangrar las antiguas cicatrices!...

EL SAUCE DEL MOLINO

¡Qué verde eres allí, junto al molino,
en la áspera pendiente del barranco;
cual destacas tu manto esmeraldino
de la techumbre sobre el polvo blanco!

¡Cómo danzas alegre cuando el viento
se estremece en tu glauca cabellera;
aunque parezcas viejo y ceniciento
con la harina que el aura te esparciera!

Cual te ve el molinero con envidia,
reverdecer al viento que te mece;
no como él, que del tiempo a la perfidia,
cada instante que pasa le envejece.

En su fatiga, tu frescura arropa
el sueño del pacífico pollino,
mientras revuelan en tu verde copa
las palomas que viven del molino.

Y juegan a tu sombra los chicuelos
que a la aceña corrieron con el trigo.

¡Oh sauce del molino, en mis desvelos,
cómo el recuerdo de ese ayer bendigo!

Si a tu sombra mi frente miro hoy día
con hebras que blanqueara la tristeza,
exclamo: ¡no son canas todavía,
es tu polvo que aún cae en mi cabeza!...

EL SAUCE DEL MOLINO

Arrimado a los muros del convento,
cubierto por la hiedra funeraria,
yo no sé, sauce, lo que al verte siento
desde la muda calle solitaria.

Divididas tus ramas, del alero
vencen unas el muro que aprisiona,
mientras las otras, al tapial austero
le ciñen de verdura una corona.

Si la lluvia te empapa, sus primores
vierten tus ramas cual si fueran ojos,
las unas en un campo que da flores,
las otras en un campo que da abrojos.

Viviendo para el mundo y para el cielo,
das tu sombra a quien ríe y a quien ora:
adentro, al ave que cortó su vuelo,
afuera, al ave que volando llora.

Esparcida la copa en dos mitades,
vive entre el mundo y el convento frío;

EL SAUCE DEL CONVENTO

Arrimado a los muros del convento,
cubierto por la hiedra funeraria,
yo no sé, sauce, lo que al verte siento
desde la muda calle solitaria.

Divididas tus ramas, del alero
vencen unas el muro que aprisiona,
mientras las otras, al tapial austero
le ciñen de verdura una corona.

Si la lluvia te empapa, sus primores
vierten tus ramas cual si fueran ojos,
las unas en un campo que da flores,
las otras en un campo que da abrojos.

Viviendo para el mundo y para el cielo,
das tu sombra a quien ríe y a quien ora:
adentro, al ave que cortó su vuelo,
afuera, al ave que volando llora.

Esparcida la copa en dos mitades,
vive entre el mundo y el convento frío;

verde adentro en las mudas soledades,
harto afuera del fuego del estío.

¡Ay alma, si posaras un momento
en esa copa, no cantarás triste;
te dijera el silencio del convento
que no es amor lo que en el mundo viste!...

EL SAUCE DEL CEMENTERIO

EL SAUCE DEL CEMENTERIO

Mas ¡ay!, eres medroso para mi alma
cuando en las tumbas el follaje meces;
del cementerio en la profunda calma,
con vientos de otra orilla te estremeces.

Todo es negro a tu sombra, dolorido
el cárbano te brinda sus querellas;
y en la paz aterida de tu olvido,
temblorosas te besan las estrellas.

¡Cual me atrae tu copa ennegrecida!,
así, tan triste, ¡cuánto bien me has hecho!...
Tú cobijas ternuras de mi vida
que el dolor y la muerte me han deshecho.

En mis tristezas, siento que tu imagen
va conmigo, abrazada a mis despojos,
y no te puedo ver sin que se cuajen
como en tus ramas, perlas en mis ojos.

Sauce, de los sepulcros compañero,
¡como tu pompa en el olvido queda!

A los muertos les das tu amor postrero
cuando en los muertos tu raíz se enreda.

Cuando vaya a dormir el largo sueño
de esa noche sin luz y sin medida,
por juntarme a mis hijos te haré dueño
de este barro donde hoy canta la vida.

EL SAUCE DEL BAÑO

Cubriendo el agua que el estanque llena,
mojando su ramaje en los cristales,
asoman sus raíces en la arena
que fingen flocaduras de corales.

Prisionero en los muros, venturoso,
del leñador el hacha no le corta;
y como en plena juventud, pomposo,
el sol de la canícula soporta.

Confiado en su mudez, el pie de nieve,
con la ligera suavidad de una ala,
se descubre a su sombra, y blanco y breve,
es perla que en corales se resbala.

Y el oro de los rizos, desprendido,
se agita de la linfa en el espejo;
y siente envidia cuando ve prendido
el oro de la crencha en su oro viejo.

Después, el picaflor dueño del sauce,
mirando en esos rizos un tesoro,

por robarlos, revuela sobre el cauce
y esmalta el nido con las hebras de oro.

Por esto, en el plumón de sus polluelos,
cuando el sol abrillante sus hechizos,
ve copiado el arcoiris de los cielos
y el oro que robara de los rizos.

EL SAUCE VIEJO

EL SAUCE VIEJO

Gigante moribundo que se inclina
al borde del abismo, el viejo sauce,
cuando su verde juventud declina,
se tiende a buscar savia sobre el cauce.

Al ver que en vano en el oleaje ronco
anémicas se extienden sus raíces,
se rinde, y a la orquidea da su tronco
a que vista de flor sus cicatrices.

Entonces, del gigante carcomido,
en su muda oquedad, las ramas viejas
sienten, en vez de la canción del nido,
el dulce susurrar de las abejas.

Dando sombra al cristal de la corriente,
su tronco, como en raptó de heroísmo,
en abrazo de amor, calladamente,
junta las dos riberas del abismo.

Y aun caído, sin savia y sin follaje,
como ala palpitante que no vuela,

se alegra cuando salva el raudoleaje
sobre él la turba loca de la escuela.

Y cuando el río encrespa sus raudales
y la noche le abraza con sus brumas,
parece un muerto envuelto en los cendales
de una turgente sábana de espumas...

FINAL

¡Cómo no he de quererte, triste hermano,
si vives a mi vida tan unido!
De tu tronco sin savia hizo mi mano
el lecho en que al dolor caigo rendido.

Cuando niño, mi madre me dió un día
en tu carne labrado un joyelero,
en el que avaro escondo todavía
caras reliquias del amor primero.

Si las cruces que velan cariñosas
mis tumbas, yo las hice de tus ramas;
si al irse de las tardes silenciosas,
oro viejo en sus lápidas derramas.

En la heredad me brindas la ventura
de vivir otra vida más serena;
y cubre tu abanico de verdura
el gozo de mis hijos y mi pena.

Si con tu muda copa que se inclina
me avisas que soy barro deleznable,

y cuando al cielo tu frondal se empina
me muestras lo eternal y lo inmutable.

¡Cómo no he de cantarte, triste hermano,
si vives a mi vida tan unido!
y en mi lloroso rondador indiano
troqué en poema de dolor tu olvido...

LAS RANAS

Ya vinieron las lluvias...
Las ranas verdes, feas,
saltando perezosas
sobre la pampa inmensa,
van saliendo en silencio
de las vetustas cercas,
mostrando en sus ojazos
la ansiedad, la tristeza
de las auroras grises
y de las noches tétricas...
Ya vinieron mis lluvias...
Mis noches están negras...
El buho, sombra viva
que mi vida proyecta,
ha vuelto a encaramarse
sobre el viejo nogal de mi azotea.

Ya vienen, de una en una,
las ranas verdes, feas,
formando sobre el llano
una armoniosa hilera,
como esmeraldas vivas
que brotara la yerba;
y al pie de mi ventana,

chillando se congregan,
y en un croar inmenso
que es alma de la niebla,
parece que me dicen:
hermano, ya despierta,
venimos en tu busca,
entreábreos la puerta,
concédenos asilo,
hay nieve entre las cercas,
sálvanos, que ya muchas
han quedado tendidas en la senda...

Entreabro la ventana,
la soledad sin fin, la noche negra...
en el confin del huerto
pasa, como una queja,
el grito de mi perro trasnochado
que no mira en el cielo ni una estrella...
Entreabro la ventana,
una llovizna lenta
desprende sus hilos invisibles
sobre las hojas secas,
que danzando en las alas de los vientos
cayeron por la tarde en mi azotea...
—A qué venís, —les digo—,
dejando vuestras cercas,
pensáis que en esta alcoba
no hay nieve, no hay invierno, no hay tinieblas?;
mientras croáis vosotras
ocultas en la yerba,
también en esta pobre alma,
cantando a solas vela,
¡ay!, para ver si a sus reclamos vuelve
desde aquella huesa,
la que fue mi bordón de peregrino,
la luz de mi existencia,
la musa de mis cantos,
mi flor de primavera,
y la apacible luna

de otras noches más dulces y serenas...
Si a hacerme compañía
venís, hermanas buenas,
entrad, entrad al punto,
franca tenéis la puerta,
pero sabed, amigas,
que mi noche es eterna:
¡que el invierno del alma
no tiene primavera!

Venid, mi pobre estancia
vuestra morada sea,
hasta que pase el frío
de estas noches crueles y tan lentas,
y cantando renazca
para vosotras una vida nueva...
Entrad, pero chillando,
no acalléis vuestras lenguas,
quizá vosotras despertéis, hermanas,
a la que lloró muerta...

A la luz de un relámpago
que iluminó la selva,
apegadas al muro
de mi ventana vieja,
alzadas sobre el dorso
las redondas cabezas,
miré cómo las ranas
me escuchaban atentas,
mientras pasaba el viento
gimiendo en mi azotea
y arrastrando en sus alas
las pobres hojas secas...

Mas, al oír el grito
final de mi poema,
súbitamente el buho
sus alas despereza
y abriendo el corvo pico,

desde el nogal se lanza a la azotea,
fulgurantes los ojos
que se prenden en mí como saetas,
y sembrando graznidos
en los surcos sin fin de las tinieblas,
sacudiendo las alas,
perseguía a las ranas indefensas!
Y las pobres hermanas
que vinieron buscando mi tristeza
alargaron las patas,
bajaron las cabezas,
y croando dolientes
huyeron raudas por la pampa inmensa!...
En el confin del huerto

pasó como una queja
el grito de mi perro trasnochado...
¡En mi alma y en el cielo ni una estrella!...